EL TEATRO.
COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

MUNDO, DEMONIO, Y... DEMAS,

JUGUETE CÓMICO

EN DOS ACTOS Y EN VERSO.

ORIGINAL DE

GUILLERMO PERRIN Y VICO.

MADRID.
HIJOS DE A. GULLON, EDITORES.
OFICINAS: POZAS—2—2.°
1882.

5

AUMENTO Á LA ADICION DE FEBRERO DE 1882.

COMEDIAS.

TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Propiedad que correspon
Agua vá	1	D. Rafael Blasco	Todo.
De picos pardos	1	J. M. Casademunt	»
Desgracia y virtud	1	José F. Camacho	»
El compromiso de Caspe	1	Márcos Zapata	»
El ojeo	1	Manuel Valcárcel	»
El ruiseñor	1	Sres. R. Bolumar y Manuel Melend. Paris	»
Filosofía alemana	1	D. José Jackson Veyan	»
La alondra y el gorrion	1	E. S. Rocaberti	»
La mágia electoral	1	N. N.	»
La puerta del Saladero	1	Juan Utrilla	»
La voz del pueblo	1	Fuentes y Solsona	»
Salirse con la suya	1	L. Larra y Ossorio	»
Un drama en la venta	1	Juan Utrilla	»
El arte de pedir	2	Sres. Ossorio y Guillen	»
Los padres nuestros	2	Lustonó y Bedmar	»
Mundo, demonio, y... demas	2	G. Perrin y Vico	»
El juez de su causa	3	D. Manuel Rovira	»
La corona de abrojos	3	Márcos Zapata	»
La lengua	3	Enrique Gaspar	»
Los dos curiosos impertinentes	3	José Echegaray	»

OBRAS DIVERSAS.

MUNDO, DEMONIO, Y... DEMAS.

MUNDO, DEMONIO, Y... DEMAS,

JUGUETE CÓMICO

EN DOS ACTOS Y EN VERSO.

ORIGINAL DE

GUILLERMO PERRIN Y VICO.

Estrenado en el Teatro de LARA en 11 de Mayo de 1882.

MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.

1882.

PERSONAJES.		ACTORES.
AURORA	SRAS.	ALVERÁ.
DOÑA SALUD		VALVERDE.
INOCENCIO	SRES.	RUBIO.
DON SEVERO		RIQUELME.
DON JUAN		VALLARINO.
ALFREDO		ARANA.
UN CRIADO		HAZA.

Época actual.

ACTO PRIMERO.

Gabinete elegante. Puerta al foro que dá á un jardin, y laterales. En primer término, derecha, una marquesita; en el mismo, izquierda, velador con recado de escribir, papeles, etc. Á un lado butaca.

ESCENA PRIMERA.

AURORA y DOÑA SALUD por la segunda puerta izquierda.

AURORA. Nosotras dos aquí solas,
y ellos que fumen y charlen.
¡Ay, qué dichoso tabaco!
¡Qué hombres tan abominables!
¿Qué sacan de tragar humo?
¡Toso sólo de nombrarle!...

D.ª SAL. El tabaco es en botánica
planta muy recomendable:
excita tras las comidas
las glándulas salivales,
y unida su secrecion
á los *jugos* y los *gases*
gastro epáticos... en fin,
hace la digestion fácil.
Nos ofreciste un almuerzo

de condimento admirable,
y es higiénico que fumen.

AURORA. Que fumen hasta axfisiarse.

D.ª SAL. ¿Eso por qué?...

AURORA. Sí, sí; bien.
(Si la dejo, ¡Dios me salve!)

D.ª SAL. Conque vamos, Aurorita,
¿de qué tenías que hablarme?

AURORA. (Sentándose en la marquesita.)
Siéntese usted...

D.ª SAL. Ya te escucho...
¿Es una consulta grave?...
¿te sientes mal? (Tomándola el pulso.)
No; está bien.
¿Á ver la otra? ¡Imperturbable!
algo pletórico. . nada...
Dos glóbulos es bastante.

AURORA. Si estoy bien.

D.ª SAL. Sí; ya te escucho.

AURORA. Pues, Salud, usted ya sabe
que á mí me apestan los hombres;
porque al más bueno colgarle.
Pues bien; ya por mi dinero,
ó porque no tengo padres,
ó, dejando la modestia,
por mis señas personales;
me han hecho el oso en Madrid
hombres de todas las clases;
abogados, farmacéuticos,
diputados, militares,
conservadores, pactistas,
y ahora me ronda la calle
un proteccionista terco,
catalán por más señales...

D.ª SAL. Es verdad, y, ¡picaruela!
con todos coqueteaste.

AURORA. Por conocerles tan sólo;
ninguno llegó á agradarme,

D.ª SAL. ¿Tan malos eran?

AURORA. No; ¡pésimos!
si está muy mala la clase:
hay unos sietemesinos

que dan la razon á Dárvin.
Unos solteros... ¡qué tunos!
unos casados... ¡Qué infames!
Por eso me hallo soltera;
escoger marido es grave:
no hay casada que no diga,
cuando de su esposo hable...
«Mi marido es bueno, pero...»
ese pero hay que evitarle;
¡ese pero, dice mucho!
lo ménos que es un tunante,
verdad?

D.ª SAL. Hija, en estas cosas
soy cero sin unidades.
Pero ya que me consultas,
yo voy á *diagnosticarte.*
Tienes una *idiosincracia...*

AURORA. No quiero medicinarme...
Lo que quiero es que me diga
si con hombres tan fatales,
puede una por lo canónico
y por lo civil casarse.
Francamente, ¿usté qué haría?

D.ª SAL. Yo me casaba al instante. (Rápido.)

AURORA. (Á su edad, esa pregunta,
¿qué jamona no la sabe?)

D.ª SAL. Un marido vale mucho
y todo es acostumbrarse.

AURORA. ¿Quién se acostumbra á lo malo?

D.ª SAL. Mira un ejemplo palpable.
El *arsénico*, en gran *dósis*
mata las fuerzas vitales,
y administrado en pequeñas
progresivas cantidades,
hace que la *economía*
lo admita sin perturbarse.
Lo mismo es el matrimonio...

AURORA. Tiene usted razon sobrante;
¡tragar veneno y veneno!..
¡Ay, cuánto debe tragarse!...
y digo, si vive en casa
la suegra que lo despache!...

D.ª SAL. Pero en fin; todos los hombres
no son cual tú los pintaste.
Tu primo Alfredo es un chico
muy distinguido, elegante,
te adora, y á más, don Juan,
el amigo de tu padre,
tu tutor, te quiere, y vamos,
aún se encuentra muy *viable.*

AURORA. ¡Doña Salud de mi alma,
por Dios, quiere usted callarse!
¿Casarme yo con mi primo?
Pero si es un botarate;
uno de esos pollos tísicos
que guían el carruaje
y se llevan el cochero
de paseo á todas partes.

D.ª SAL. Tu tutor, don Juan...

AURORA. ¡Un viejo
de la edad de las pirámides!
¡Un solteron por sistema
que al final quiere casarse!
¡Un viejo! ¡Jesús qué horror!
¡Primero vestir imágenes!

D.ª SAL. Pues hija, vas á vestirlas
si piensas como lo haces.
Ninguno te gusta!

AURORA. Hay uno:
de eso quiero á usted hablarle.
Uno que parece tonto
por lo inocente, me place.

D.ª SAL. ¿Quién es?

AURORA. Pues es... ¡Inocencio!
(Viendo á Inocencio que aparece segunda izquierda.)
Hijo, ven aquí á sentarte.

ESCENA II.

DICHAS é INOCENCIO.

INOCENC. Gracias, prima, aquí estoy bien.

(Sentándose en una butaca de al lado del velador.

AURORA. Como quieras.

INOCENC. Me he venido
á estarme aquí con ustedes.
En el comedor, mi primo,
y don Juan y don Severo
están muy entretenidos
fumando .. y fumando; y yo
como no tengo ese vicio,
y don Juan está contando
lo calavera que ha sido,
y habla mucho de mujeres
y... don Severo me díjo:
«Anda, vete por la sala;
en seguida vamos, niño.»

AURORA. ¿Vé usted lo que son los hombres?
¡Nos cortan unos vestidos!...

INOCENC. No, pues no hablaban de trajes
por lo que yo me colijo.

D.ª SAL. ¡Ese don Juan es atroz!

AURORA. ¡Sí, pues Alfredo! ¡Qué tipos!

INOCENC. Lo que es Alfredo es muy malo,
¿verdad? y muy picarillo.
Lo que es yo, con él no salgo.
Quiere llevarme al casino;
dice que hay juego.

AURORA. ¿Que hay juego?

D.ª SAL. Sólo de prendas.

INOCENC. ¡Dios mio!
¡Hasta las prendas se juegan!...
¡Pues hombre, saldrán bonitos!
¿Y don Juan? ¡Tambien es bueno!
Quiere llevarme consigo,
presentarme en el gran mundo...
y entre otras cosas me ha dicho,
que conoce á una cuñada
de yo no sé qué marido
que él trata...

AURORA. Sí, ¡de engañar!...

INOCENC. Que es un bocado exquisito!

D.ª SAL. (Este lila es de madera (Á Aurora.)
en que se tallan los pillos.)

AURORA. (¡Calle usted! pues si es tan bueno ..)
INOCENC. Ya don Severo me ha dicho
que el tiempo que esté en Madrid
he de andar muy sobre aviso...
Gracias que iré al Seminario,
si Dios quiere, muy prontito.
AURORA. ¿Al Seminario?
INOCENC. Sí, hija.
D.ª SAL. ¿Estudia usted para obispo?
INOCENC. No sé si llegaré á serlo.
Mas, ¿por qué te ha sorprendido (*Á Aurora.*)
que yo vaya al Seminario?
Ya don Severo lo dijo.
AURORA. No recordaba...
INOCENC. ¡Pues vaya!
Si para eso hemos venido
de la Habana; y don Severo
que me quiere como á un hijo,
la hacienda que allí teníamos,
metálico y papel hizo.
AURORA. Pero diga usted, ¿por qué (*Á doña Salud.*)
ha de ser cura este chico?
D.ª SAL. ¡Verdad!...
INOCENC. ¿Por qué? ¡Casi nada!
Porque este mundo es muy pillo,
muy traidor, muy embustero,
¡y los hombres muy malditos!
AURORA. Tienes razon; esa mano.
INOCENC. Y las mujeres lo mismo.
AURORA. ¡Suelta! ¡Suelta!
D.ª SAL. ¡Muchas gracias!
INOCENC. Don Severo me lo ha dicho.
AURORA. Comprendo que huyas de ellos...
pero de nosotras, primo! ..
D.ª SAL. (No le llames primo á secas,
no se dé por ofendido.)
INOCENC. El mundo es muy malo, vaya.
AURORA. El mundo es un Paraiso,
si tanto Adan no viviera...
INOCENC. Mira, tú en este litigio
no sirves, eres muy jóven;
mucha experiencia es preciso:

usted que tiene más años,
doña Salud...

D.ª SAL. ¡Veinticinco!

AURORA. (Duplicado como ponen
al numerar edificios.)

D.ª SAL. Hijo, el libro de la vida
me es tan poco conocido,
que no intercalaré láminas
en su texto: mejor dicho,
no puedo ilustrar á usted.
Yo á la ciencia me dedico.
La mujer está llamada
al progreso en este siglo,
y yo estudié medicina
desde mis años tiernísimos:
en Barcelona estudié
y ni un suspenso he tenido;
¡notable en anatomía!
¡Oh! ¡qué estudio tan bonito!
pero tras tanto estudiar
no me llaman; no visito;
no tengo un enfermo... vamos,
sólo curo á los amigos.

INOCENC. ¿Y es usté alópata?

D.ª SALUD. No;
homeópata: es más limpio.

INOCENC. Habrá pocas como usted.

AURORA. (¡Por fortuna!)

D.ª SALUD. Contadísimo
es el número de hembras
ilustres que han comprendido
su alta mision. La mujer
á ser esclava no vino:
la mujer está llamada
á puestos importantísimos.
La hacienda, el foro, la cátedra,
la enseñanza, sí; lo digo,
¡Pues qué! ¿No hay muchas mujeres
que han enseñado muchísimo?
¡Ahí está Santa Teresa!...

INOCENC. (Arrodillándose.)
¡Un milagro, Jesucristo!

AURORA. No, no viene.
D.ª SAL. ¡Es un ejemplo!
INOCENC. ¡Habla usted tan á lo vivo!...
AURORA. (¡Tan bueno, tan inocente,
y hacerse cura este chico!)
¡Pues no ha de ser!
INOCENC. ¿El qué?
AURORA. ¡Nada!
INOCENC. (En la puerta del fondo.)
¡Qué dia tan hermosísimo!
AURORA. (Ap. á doña Salud.)
(Salud, vá usted á ayudarme
para...)
D.ª SAL. (¡Vaya! comprendido,
te empeñas en que no sea
padre de almas este chico.)
INOCENC. (Mirando por la segunda puerta izquierda, en cuya direccion se oyen gritos y carcajadas.)
¿Qué pasa en el comedor?
D.ª SAL. ¡Qué carcajadas!...
INOCENC. ¡Qué gritos!
AURORA. Será alguna discusion:
todo el tiempo están lo mismo.
INOCENC. Ya vienen.
AURORA. ¿Sí? Pues nos vamos.
Venga usted. (Á doña Salud.)
Querido primo,
(Colgándose de su brazo.)
vamos á dar una vuelta,
que el jardin está divino.
¿Vamos?
D.ª SAL. Bueno.
AURORA. (Á Inocencio.) ¿Te incomodo?
INOCENC. ¡Nunca, prima!
AURORA. (Ap. á doña Salud.) (¡Le conquisto!)
(Saliendo por el foro con Inocencio.)
D.ª SAL. ¡Eureka! dice esta Eva
como el sabio ilustre dijo.
¡Ay! ¡Pobre Adan! tambien era
un jardin el Paraiso,
y allí, segun muchos tomos
le dió amor el vulgo timo!

(Saliendo tras ellos.)

ESCENA III.

DON SEVERO, DON JUAN y ALFREDO, por la segunda izquierda: el primero saliendo amostazado, y los segundos riendo á carcajadas.

D. JUAN. ¡Es original!...
ALF. ¡Divino!
D. JUAN. ¡No puedo más!
ALF. ¡Yo me muero!
D. SEV. Señores, basta de risas.
¡Despues que franco les cuento
mi triste vida, reirse!
(Los dos sueltan la carcajada.)
¿Otra vez? ¡Yo no tolero!...
¡satisfacciones exijo!
D. JUAN. Cálmese usted, don Severo.
Este demonio de chico...
ALF. Injuriarle no pretendo.
Dispense usted; pero, hombre,
no hay nadie que escuche sério
esa historia de desdichas
de que ha sido usted objeto.
Si juega usted, le levantan
los puntos un cementerio:
tiene usté ingenio... en la Habana,
y se lo queman los negros:
cambia usted moneda, en falsa
le han dado millon y medio:
sube usted en coche; vuelca:
va en tren, descarrilamiento:
se embarca usted, pues naufragio...
que vá usted al teatro, ¡fuego!
Si tanta desdicha arranca
las carcajadas á un muerto.
¡Hombre, deje usted que ria,
que si me callo reviento!
D. JUAN. Hombre, no tanto.
ALF. Él lo ha dicho.
D. SEV. Si señor.

ALF. Relata-réfero.
D. SEV. Si tengo una sombra negra
como las alas de un cuervo.
Si yo nací para ser
lo que esos sombreros viejos
que se tiran á la calle;
y el mundo ha sido el chicuelo
¡que á puntapiés me ha traido
hasta los años que tengo!
Yo he padecido de todo...
¿Enfermedades? Un ciento.
Y en fin, tuve la viruela,
y por eso estoy tan feo.
Yo he rabiado allá en la Habana,
cuando me casé...
D. JUAN. Comprendo.
ALF. Está claro; por la suegra.
D. SEV. Ella no; me mordió un perro.
¡Si soy lo más desgraciado!...
Pues despues al poco tiempo
me metieron en la cárcel..
D. JUAN. ¿Algun acaloramiento?
D. SEV. No señor; por parecerme,
cual se parecen dos huevos,
á un capitan de ladrones
que andaba por aquel término.
¡Si tengo una suerte horrible!
Luché en política luégo
y anduve en mil asonadas;
pero en un pronunciamiento
que fracasó, me pescaron
y estuve en capilla...
ALF. ¡Cuerno!
D. JUAN. ¿Y le fusilaron?
D. SEV. Hombre,
francamente, no me acuerdo;
pero yo pienso que sí,
¡porque la suerte que tengo...
D. JUAN. ¡Claro! por eso sostiene
que este mundo es tan perverso.
ALF. Le fué tan mal en la feria,
que habla pestes, lo comprendo.

En cambio, de la medalla
usted ha sido el reverso. (Á D. Juan.)
¡No hay sér más afortunado!

D. JUAN. ¡Hombre, es verdad!

ALF. Ya lo creo.
Sobre usted vertió fortuna
su rico y pródigo cuerno.
¡Usté al becerro de oro
pasó de capote al pelo!

D. SEV. Y á mí me cogió en las tablas
y me puso como nuevo.

D. JUAN. Yo jugué con el amor,
y siempre vencí en el juego.

D. SEV. Él conmigo jugó al toro
de casado y de soltero.

ALF. Él jugó á la lotería...

D. JUAN. Y me tocó el primer premio...

D. SEV. Yo tambien jugué al casarme
y no cobré ni el reintegro,
pues se marchó mi señora,
y es claro, se llevó el décimo.

D. JUAN. ¿Dice usted que su señora
se marchó?

D. SEV ¿No conté eso?
Yo estaba en la Habana, vamos,
liquidando mi comercio,
porque... iba mal.

D. JUAN. ¡Como siempre!

D. SEV. Tuve que llevar un género
á los Estados-Unidos,
peinetas, y... no me acuerdo.
Pues bien, al volver de allá,
siempre presente lo tengo,
el bergantin Minotauro
sufrió un naufragio tremendo;
y en fin, señores, ¡á nado
tuve que llegar al puerto!
No me ahogué en el mar, y en casa
me ahogaba con un cabello.
¡Mi esposa se había marchado
con un señor europeo,
que le llamaban don Juan,

segun me dijo el portero!

ALF. ¿Don Juan se llamaba? (Riendo.)

D. SEV. ¡Cómo!

ALF. ¿Y usté estuvo en Cuba? (Á D. Juan.)

D. SEV. ¡Cielos!

D. JUAN. Yo... (Cortado.)

D. SEV. ¿Por qué usted no se rie?

ALF. ¡No puedo más! ¡Yo reviento!

D. SEV. ¿Por qué pierde usté el color?

D. JUAN. ¡Hombre!...

D. SEV. ¡Todo lo comprendo!
¡Usted fué el raptor! ¡Infame!
(Queriendo arrojarse sobre él.)

ALF. (Deteniéndele.)
¿Qué intenta usted, don Severo?

D. SEV. ¡Matarle!

ALF. Pero, hombre...

D. SEV. ¡Pillo!
¡Déjeme usted!

ALF. ¡Por San Pedro!
¿Quiere usted morir ahorcado?
Dé explicaciones, y un duelo...

D. SEV. Tiene usted razon: que hable...

ALF. ¿Le interrogo?

D. SEV. En el momento.

ALF. ¿Es usté el don Juan aquel?

D. JUAN. Hombre, sí; pero confieso
que ella fué quien...

D. SEV. ¡Que suprima
detalles ó le estropeo!

D. JUAN. Yo llegué á la Habana, el año
cincuenta y tres, en Enero...

ALF. El mes aquel que en la Bolsa,
ganó un capital inmenso
jugando al alza...

D. SEV. ¡Dios mio!!
¡Cuando quedé sin un céntimo!

D. JUAN. ¿Usted?

D SEV. ¡Jugaba á la baja!
¡El duelo en seguida, el duelo!!

ESCENA IV.

DICHOS, DOÑA SALUD, AURORA é INOCENCIO, por el fondo.

AURORA. ¿Qué ruido es este?
D. SAL. ¡Señores!...
INOCENC. ¿Qué ha sido?
D. SEV. (Conteniéndole Alfredo.) ¡Matarle quiero!
AURORA. ¿Y por qué?
ALF. Porque ha tenido
más suerte que don Severo.
D. SEV. No; por ser el seductor
de mi esposa.
D. JUAN. No: lo niego;
ella fué quien me sedujo.
AURORA. ¿Señores?
D. SEV. ¡Hombre perverso!
¡Haber dejado la capa!
D.ª SAL. (¡Es un Putifar moderno!)
AURORA. ¡Vamos, calma!
INOCENC. ¡Tutor mio!
D. SEV. ¡Ah! mi querido Inocencio;
hijo, deja pronto el mundo;
ingresa al punto en el clero...
¡no te cases en la vida!
AURORA. (¡Lo que es eso lo veremos!)
INOCENC. Sí, señor; lo que usted quiera,
¡pero no vaya usté al duelo!
¿Qué iba á ser de mí?
D. SEV. ¡Verdad!
¡le emplazo á usted, caballero!
Este ángel me necesita:
yo le eduqué, y le defiendo
contra los males del mundo.
D. JUAN. ¡Buena defensa, por cierto!
D. SEV. ¡Afortunado, lo dicho!
(Entrando con Inocencio por la primera izquierda.)
D. JUAN. ¡Bueno, desgraciado, bueno!

ESCENA V.

AURORA, DOÑA SALUD, D. JUAN y ALFREDO.
Á poco UN CRIADO.

AURORA. ¡Ese duelo es imposible!
ALF. Él le retó.
AURORA. No ha de ser.
D. JUAN. Por mí, niña, complacida.
D.ª SAL. Á mí me parece que,
aunque su naturaleza
conozco poco, ví bien
que tiene el temperamento
nervo-linfático, y pues;
la nerviosa excitacion
pronta crísis ha de hacer,
y se quedará tan manso,
es decir, tranquilo, ¿eh?...
AURORA. No hable usted más de ese duelo.
D. JUAN. Por mí, mudo.
ALF. Por mí, amen.
D.ª SAL. Porque los nervios. .
CRIADO. (Por el foro con una tarjeta.) Señora;
esta tarjeta.
D.ª SAL. ¿De quién?
¡de mi prima! «Á mi marido, (Leyendo)
»le tiró el caballo: ven,
»eres necesaria.» Al punto,
mi sombrero.
CRIADO. (Tomándole de una silla.) Tome usted.
D.ª SAL. La ciencia me llama. Vuelvo.
Pero ¿el golpe dóndo fué? (Al Criado.)
CRIADO. Dicen que cayó sentado.
D.ª SAL. Voy á verlo: hasta despues.
(Saliendo foro con el Criado.)

ESCENA VI.

AURORA, DON JUAN y ALFREDO.

AURORA. (Sentándose en la marquesita.)

(Y se marcha al Seminario,
y no hay medio que lo evite,
porque, claro, don Severo
ahora por el duelo insiste.)

D. JUAN. (¡Pues señor, buena ocasion!
Yo se lo digo... á ese títere
le desbanco... No faltaba...)

ALF. (Qué ocasion para decirle...
á ese viejo le derroto.
¿En amores?... No me sirve.)

D. JUAN. (Sentándose en la silla que habrá al lado de la marquesita.)
¡Aurora!

AURORA. ¿Qué?

ALF. (Sentándose en la marquesita al lado de ella.)
¿Prima?. .

AURORA. ¿Qué?

D. JUAN. Escucha.

ALF. ¿Quieres oirme?

D. JUAN. No; ¡yo primero!

ALF. No; ¡yo!

AURORA. ¿De qué se trata? Decidme.

D. JUAN. Se trata de que te adoro.

ALF. Se trata... ¡de que aquí vive
un alma que te idolatra!!...

D. JUAN. Yo soy quien por tí no vive;
yo no cómo, yo no duermo,
yo me aburro, yo estoy triste,
¡y tu eres la causa!

AURORA. ¿Yo?
¡Qué embustero lo que dice!
No señor: la causa es
que nació usté el año quince...
¡Basta de bromas!

D. JUAN. ¿De bromas?

ALF. ¡Prima! ¿de broma dijiste?
Si yo te ofrezco mi mano.

D. JUAN. Yo tambien, mujer sublime!
Tendrás perlas, flores, oro...
brillantes que al sol eclipsen...
tendrás...

ALF. Tendrás...

AURORA. Sí; tendré
que ver á Ezquerdo y decirle:
«¿Tiene usted jaula vacante
para dos que me persiguen?
D. JUAN. ¡Nos desprecias!
ALF. ¡Nos desprecias!
AURORA. Sí, señores; ya lo dije.
D. JUAN. ¿Qué marido quieres?
AURORA. Uno
que llegue yo á persuadirme
que es ménos tuno que todos
los que en este mundo viven.
ALF. Mándale hacer, prima mia.
AURORA. No es preciso.
D. JUAN. Qué, ¿le viste?
ALF. ¿Le has encontrado?
AURORA. Sí, primo.
D JUAN. ¿Y te casas?...
AURORA. Es posible...
ALF. (¿Sí? ¡Pues yo juro vengarme!
¡Guerra á quien la solicite!)
D. JUAN. (¡Como yo pueda, te entierran
con palma!)
AURORA. ¡Pero qué tristes!
¿Vamos á reñir, porque
para esposos no me sirven?
D. JUAN. ¡Cá! No señor.
ALF. Ya lo creo.
D. JUAN.
ÁLF. } ¡Nos vamos!
AURORA. ¿Sin despedirse?
Hasta luégo...
ALF. ¡Adios!
D. JUAN. ¡Adios!
(Es preciso que averigües...) (Á Alfredo.)
ALF. (Hay que acechar.)
D. JUAN. (¡Guerra á muerte!)
ALF. (¡Despreciarme!...) (Con indignacion saliendo.)
D. JUAN. (Id. id.) (¡No admitirme!!)
(Salen foro.)

ESCENA VII.

AURORA, á poco INOCENCIO.

AURORA. (Yendo hasta el foro y riendo á carcajadas.)
Van como perros con mazas
mi primo Alfredo y don Juan!...
¡Y qué de prisa!... ¡aunque van
cargados de calabazas!
¡Vayan benditos de Dios!
(Inocencio apareciendo en la primera izquerda, y preguntando desde la puerta con timidez.)
INOCENC. ¿Y esos tunantes se han ido?
AURORA. Ya no están, primo querido,
Sal y hablaremos los dos.
INOCENC. Bueno. (Con aire triste.)
AURORA. Mas ¿qué te ha pasado?
¿Estás triste?
INOCENC. ¿No he de estar...
si ese me quiere llevar
al Seminario al contado?...
AURORA. ¿Y tú ya no quieres ir! (Con alegría.)
INOCENC. Sí, prima, ¿no he de querer?
Pero tan pronto, mujer...
¡Uno quiere ver y oir!...
Soy jóven, tiene razon;
y este mundo es una sima.
Pero hasta los pollos, prima,
se salen del cascaron.
Y yo... ¡vamos! Pero, en fin,
iré...
AURORA. (Maldito Severo!)
Primo, que sigamos quiero (Con coquetería.)
la discusion del jardin.
¿Qué opinas, me caso ó no?
INOCENC. ¡Cásate!
AURORA. Pero ¿y el novio?
No le tengo; el caso es obvio,
pues ninguno me agradó.
INOCENC. Pues desprecias la lisonja
del mundo y su fingimiento,

y entra, prima, en un convento.
AURORA. ¿Qué dices, primo? ¡Yo monja...
Aunque á algunos no les cuadre,
en el mundo á la mujer
la puso Dios, para ser
tierna esposa y buena madre.
INOCENC. Entónces, inútil fuera
que te aconsejase ahora:
por mí, ya puedes, Aurora,
ser esposa... y lo que quieras.
AURORA. Pero, si aunque tuve mil
pretendientes á mi mano,
no me gustaron... ¡fué en vano!
INOCENC. Pues entónces, ¡por san Gil!
Don Severo me la pega:
pues dice que tanto ansiais
un marido, que os casais
con el primero que llega.
AURORA. ¿Eso dice, y no replicas,
y á todas así condenas!
INOCENC. ¡Verdad! ¡Hay chicas muy buenas!
Es decir, ¡muy buenas chicas!
AURORA. ¡Ay, Jesús! ¡y qué prurito
tiene ese buen don Severo
de hablar mal del mundo entero!
INOCENC. ¿Verdad que aumenta un poquito!
AURORA. ¿Que si aumenta? Sin razon,
mas aunque humilde te veo,
de veras, primo, yo creo
que no eres de su opinion....
sentémonos, primo; ven
y dime, si amable eres,
¿qué opinas de las mujeres?
¿qué te parecen?
INOCENC. ¡Muy bien!
AURORA. (Con coquetería.) Por la parte que me toca,
te doy gracias. Pero, dí,
¿no has tenido novia, ni...
INOCENC. (Como avergonzado.)
¡Calla, prima, no seas loca!
Soy moral y virtuoso,
y estudio la teología:

¿cómo quieres, prima mia,
que le hiciera á nadie el oso?

AURORA. ¿Me dices la verdad fiel?
¿Nada sabes de Cupido?...

INOCENC. Sí, prima...

AURORA. ¿Cómo?...

INOCENC. (Con misterio.) He leido
¡los amantes de Teruel!

AURORA. Héroes fueron es notorio
de amor puro y sin mancilla,
la de Segura y Marsilla.

INOCENC. ¡Dónde está don Juan Tenorio!...

AURORA. ¿Cómo! ¿tambien la has leido?

INOCENC. Á hurtadillas lo leí
en Cuba... ¡y lo tengo aquí
entre la Biblia escondido!...

AURORA. ¿Sabes que eres un tunante
y vas á hacer muy mal cura?

INOCENC. Eso es que te se figura...

AURORA. ¿Tienes vocacion bastante?

INOCENC. Sí, la tengo: ¡ya se vé!
Y de un arraigo profundo.
¡Tan malo como está el mundo!...
¿Qué iba á ser de mí!

AURORA. ¿Por qué?

INOCENC. Porque en esta vida al alma
siempre ponen en un potro,
Mundo, Demonio... y lo otro.

AURORA. (¡Me hace que pierda la calma!)
¡Pero, primo! ¡Primo mio!
¿Quién te ha informado tan mal?

INOCENC. ¡Don Severo!

AURORA. Pues no hay tal.
Él te engaña, yo lo fío.

INOCENC. ¿No es el hombre malo?...

AURORA. Sí.

INOCENC. ¿Y la mujer?

AURORA. Esa no.
Dí, chico, ¿soy mala yo?
¡Digo, me parece á mí!
¡Pues hay como yo millones!
Busca dulce compañera,

y á ese mónstruo con chistera
y levita y pantalones,
deja que viva á su modo
y apártate de su lado.
Tú ibas á ser buen casado,
te lo he conocido en todo.
Eres bueno, cariñoso,
modesto, firme, leal,
honrado á carta cabal;
condiciones para esposo
que, con la renta bonita
que de tu padre heredaste,
en fin... (¡Con lo dicho baste,
que soy una señorita!)

INOCENC. Qué bien me conoces veo,
por lo que diciendo estás;
todo eso soy... y además,
donde hay guapos... ¡me paseo!

AURORA. ¡Vaya!

INOCENC. ¡Qué emocion tan rica!

AURORA. ¿Por qué? Dilo sin doblez.

INOCENC. Porque es la primera vez
que me lo dice una chica!
A tí sí, prima querida,
que te habrán echado flores
de toditos los colores...

AURORA. La cuenta tengo perdida:
pero algunas las recuerdo.
Un dia, no sé en qué calle
me dijo un loco: «¡Qué talle!»
¿Qué opinas?... (Paseando por la escena)

INOCENC. ¡Que estaba cuerdo!

AURORA. Primo, la asedian á una
en esta villa del oso;
no hay un gallo, ni un gomoso
que no diga una tontuna.
Junto á la cerveceria,
y á la puerta de Lhardy,
¡es atroz!... yo por allí
paso siempre de estampía.
«¡Divina! ¡Hermosa! ¡Salada!
¡Muy mona! ¡Cara de cielo!

¡Vaya un cuerpo! ¡Vaya un pelo!»
Una pasa sofocada.
Á todas hacen el bú,
aunque un adefesio sea;
hasta á mí, que soy tan fea,
me echan flores... ¡Ya ves tú!

INOCENC. Prima, seguir no te dejo,
porque estás en un error.
No eres fea, no señor,
que te lo diga el espejo!...

AURORA. ¿Y es preciso que interrogue
al espejo?... No hay aquí...
¿Quieres que me mire en tí?

INOCENC. (Moviendo el cuerpo como demostrando cortedad.)
¡Prima, si no tengo azogue!!

AURORA. Que no me puedo mirar!
Inocencio, estate fijo,
¿á ver qué dice? ¿Qué dijo?
¡Ves cómo no sabe hablar!...

INOCENC. Prima, sí que sabe, sí...
Pero... es... que...

AURORA. (Riendo.) ¡Y es tartamudo!

INOCENC. (Llevándose la mano á la garganta, y como si no pudiera tragar saliva.)
¡Caramba! ¡Tengo aquí un nudo!
¡Eres hermosa, hasta allí!!

AURORA. ¡Gracias! De galante peca
tu labio... ¡me haces favor!...

INOCENC. ¿Qué he de hacerte? ¡No señor!
Justicia, ¡justicia seca!!...

AURORA. En mí no sé que te choca:
¡de veras, no me lo explico!...

INOCENC. (Muy animado.)
¡Prima, me choca tu pico!

AURORA. ¿Mi pico?... Su gracia es poca...
¡Pobre de mí!...

INOCENC. ¡Calla chica!
¿Tú pobre? ¡No hagas el coco!
Yo entiendo poco, muy poco,
pero eres rica, ¡muy rica!...

AURORA. ¿En qué estriva mi riqueza?
¡Si no hablas más claramente!...

INOCENC. ¡En la moneda corriente
que te dió naturaleza!
En esa cara divina
tienes, prima, un dineral,
¡y un cuantioso capital
en ese talle de ondina!
En esos ojos tan monos
llevas la mar de valores
interiores y exteriores;
y en toda tú muchos bonos.
Y, es claro, con los aumentos
del alza y la economía,
figúrate, prima mia,
¡la mar de tantos por cientos!!

AURORA. Pues, de la vida en la banca,
aunque rica me supones,
¡nadie los cinco cupones
compró de mi mano blanca!
Serán del juego reveses,
ó es que no tendrán valor...
¿Á ver, primo!
(Dándole la mano con coquetería.)

INOCENC. (Completamente mareado.) ¡Sí, señor!!
¡¡Ay, qué ricos intereses!!
¡Ay, prima!...

AURORA. ¿Qué tienes, primo?
(En este momento van á entrar por el foro D. Juan y Alfredo, y al ver á ambos, se detienen, ocultándose de ellos, pero de modo que el público los vea; y durante el resto de la escena, figuran que se hablan bajo, como si se pusieran en inteligencia.)

INOCENC. ¡Yo no sé lo qué me pasa!...
Me pongo malo; ¡no es guasa!
Me hace un efecto tu mimo,
que no sé cómo lo explique,
y la cosa es perentoria.
Oigo que tocan á gloria,
¡y es en el alma el repique!
Al escuchar la voz tuya
me parece, prima mia,
¡qué escucho el mes de María
y oigo cantar aleluya!

Y en fin, me arrodillo aquí
y digo: «Bendita eres
entre todas las mujeres...
AURORA. (No canta misa. ¡Vencí!!)
Alza, que me da rubor...
INOCENC. ¡Ay, prima! ¡Por tí me muero!
AURORA. ¡Calla! No escuche Severo
que me haces, primo, el amor.
¡Te llevará al Seminario!
INOCENC. Que salga; me importa nada,
¡le doy una bofetada
por tipo y estrafalario!!
AURORA. ¿Á tu tutor? ¿Á tu amigo?
Nada: ¡el mundo es muy cruel!
Al claustro vete con él....
INOCENC. ¡Si yo me quiero ir contigo!
AURORA. ¿Pues ántes no me decías?...
Pronto cambias de opinion...
¿Pues, y aquella vocacion?
INOCENC. ¡Déjate de tonterías!
Yo no sé cómo lo has hecho...
¡mi pecho has enternecido!
Lo que yo no he conseguido
dándome golpes de pecho.
Ya me aterra la vigilia
del templo y sus castas palmas;
y de no serlo de almas,
¡seré padre de familia!
AURORA. ¡Si me adoras tan rendido,
podrás vencer mi rigor,
pero en batallas de amor
es vencer salir vencido!
INOCENC. ¡Pues si estoy ya derrotado,
y es tu esclavo el corazon!
Dame pronto absolucion
de amarte, ¡si es un pecado!...
AURORA. Lo pensaré... ya veremos...
Haz exámen de conciencia,
y te echaré penitencia. .
que tan pronto no absolvemos.
INOCENC. Pero, prima.. ¡Prima mia!
dame...

AURORA. ¿Qué quieres?
INOCENC. ¡El sí!
AURORA. ¡Mas tarde!... (¡Ya conseguí
el marido que quería!)
(Saliendo primera derecha.)

ESCENA VIII.

INOCENCIO, D. JUAN y ALFREDO, precipitándose los dos sobre Inocencio y abrazándole.

D. JUAN. ¡Tunantuelo!
ALF. ¡Hipocriton!
D. JUAN. ¿Quién pensára!...
ALF. ¡Quién dijera!...
D. JUAN. ¿Qué, tal? ¿Y quiere sotana!
ALF. Todo desde aquella puerta
lo escuchamos...
D. JUAN. Sí, señor.
ALF. ¡Es usted un calavera!
INOCENC. ¿Verdad que es guapa?
D. JUAN. ¡Muchísimo!
ALF. ¡Divina! ¡Firme con ella!
INOCENC. Pero no me ha dado el sí;
y tengo prisa, y me quema...
D. JUAN. ¿Quiere usted que le ame al punto?
INOCENC. ¡Sí señor!
D. JUAN. Pues esta regla
no tiene escepcion ninguna.
En esta vida, las hembras
quieren poco á quien las ama,
y mucho al que las desdeña...
ALF. Y el mejor desden, amigo,
es siempre una corta ausencia.
INOCENC. Pero, ¿á dónde me voy yo?
ALF. Con nosotros. ¡Buena es esa!
INOCENC. ¿En dónde hay cuarenta horas?
Iremos...
D. JUAN. ¡Por Santa Tecla!
¡No señor! Primero vamos
á dar por ahí una vuelta.
¡Á ver las chicas!

ALF. Y luégo
comeremos en la Perla.
D. JUAN. El Champagne lo pago yo:
eso corre de mi cuenta...
INOCENC. ¿Y si mi prima se enfada?
ALF. Pero, ¿por qué?
INOCENC. Cuando sepa.
que me marché con ustedes,
que son así... ¡calaveras!
D. JUAN. ¡Hombre! ¡Lo que ella querría
que tambien usted lo fuera!
INOCENC. Pues sí; me voy con ustedes.
ALF. (¡Vas á rabiar, prima bella!
Por lo inocente le adora...
¡ya lo verá cuando vuelva!)
Conque... en marcha.
D. JUAN. Por mí, listo.
ALF. Pues vámonos.
INOCENC. Me dá pena
no decirle á mi tutor
en dónde estoy...
ALF. Pues se arregla.
Aquí sobre el velador
le dejo yo cuatro letras. (Hace lo que indica)
INOCENC. Muy bien pensado; y así
no se asusta.
ALF. Ya están puestas.
D. JUAN. Pues á la calle.
INOCENC. En seguida.
D. JUAN. ¡Y viva la francachela!
ALF. ¡Y viva el Champagne! ¡y viva!...
INOCENC. Viva lo que ustedes quieran.
ALF. El brazo. Inocencio.
D. JUAN. (¡Ah, lila!
¡No sabes la que te espera!)
(Saliendo los tres por el foro.)

ESCENA IX.

AURORA, por la primera derecha, á poco D. SEVERO y DOÑA SALUD.

AURORA. (Desde la puerta.)
¿Inocencio?... (Entrando.) ¡Ya no está!
¿Á dónde ha podido ir?
Yo que á decirle venía...
(Sentándose en la butaca de al lado del velador.)
¡Qué dichosa! ¡Qué feliz
voy á ser con un marido
tan bonachon, tan así!...
¡tan inocente cordero
que nunca dejó el redil!
¡tan tímido!
(Queda pensativa y exclama de pronto, reparando en el papel que escribió Alfredo.)
Más, ¿qué es esto?
¡Dios mio! ¿Qué dice aquí!
¡Se lo llevan esos viles!
¡Me lo van á pervertir!
¡Tunantes! ¡pillos! ¡Infames!
¿Don Severo? Pronto... aquí.

D. SEV. (Saliendo por la primera izquierda.)
¿Qué pasa?

AURORA. ¡Se lo han llevado!!

D. SEV. Pero ¿á quién?

AURORA. ¡Al chiquitin!

D. SEV. ¡Á Inocencio! ¡Virgen santa! (Estupefacto.)
¿Qué has dicho?

AURORA. (Dándole el papel.) Lo que leí...

D. SEV. (Leyendo.) «Inocencio ya no quiere Seminario, y con don Juan y conmigo se viene á correrla. Alfredo.»
¡Traidores! ¡Pillos! ¡Tunantes!
(En el colmo de la desesperacion.)
¡Me pongo malo! ¡Ay de mí!

AURORA. Corra usted en busca suya.

D. Sev. ¡No puedo... no puedo ir!
¡Este golpe me anonada!...
(Cayendo en una butaca como atacado de los nervios. Aurora pasea la escena.)

Aurora. ¡Viles! ¡Robármele así!

D.ª Sal. ¿Qué ha sucedido? ¿qué es esto?
(Entrando por el foro.)
¿Está usted enfermo? (Á D. Severo)

D. Sev. (Con el ataque nervioso.) ¡Sí!...

D.ª Sal. ¡Qué excitacion! ¡Agua!... ¡un vaso!

Aurora. (Cogiéndole de una consola, donde habrá un servicio de agua.)
¡Esto falta! Ya está aquí.

D.ª Sal. ¿En dónde tengo el estuche?
(Sacando del bolsillo un estuche de homeopatía, y de él un frasquito.)
Cinco glóbulos de... sí...
(Echándolos en el vaso y haciendo beber á D. Severo. Todo rápido.)

Aurora. ¿Qué le ha dado usted?

D.ª Sal. (Dándole el frasquito.) ¡Acónito!

Aurora. (Figurando que lee en el rótulo del frasquito)
¡Si es arsénico!! ¡San Gil!!

D.ª Sal. ¿Qué dices?...

Aurora. Que don Severo,
que sufrió desgracias mil,
le ha sucedido la última;
¡que le venga usté á asistir!! (Telon rápido.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Salon de descanso de un baile. Dos puertas al fondo con cortinas. Dos laterales, primeros términos. Divanes que circundan la escena. En el centro de ella un puf, ó divan circular que sirve de base á una estátua que sostiene un candelabro. Luces en las paredes.

ESCENA PRIMERA.

Al levantarse el telon se escuchan dentro los últimos acordes de un vals. INOCENCIO, D. JUAN y ALFREDO. Al terminar la música, entran estos por el foro derecha. El primero debe vestir un dominó color de lila: los segundos los mismos trajes del primer acto.

ALF. ¿Qué tal el baile?
INOCENC. ¡Divino!...
D. JUAN. ¿Y el Champagne?...
INOCENC. ¡Cosa esquisita!...
Al principio el taponazo
me asustó... pero en seguida
me repuse. ¡Vaya un vino!
¡Caballeros, cosa rica!
ALF. ¿Y qué le ha gustado á usted
más de todo?
INOCENC. ¿Á mí?... ¡las chicas!
D. JUAN. ¡Ah, bribon!

INOCENC. ¿Se acuerda usted
de aquella rubia que iba
en carretela? ¡Qué guapa!
¿Y aquella otra bajita
con pelo negro?... ¿Y aquella
morena de las patillas?
¿Y la otra del manton grís,
y el zapato de rejilla,
y el pañuelo á la cabeza
que andaba, así, tan de prisa,
y me guiñó el ojo izquierdo
en la calle de Sevilla?
Vamos, ¡qué me gustan todas!
¡Qué son todas muy bonitas!

D. JUAN. ¿Y qué dice usted del juego?

INOCENC. ¡Qué es una cosa magnífica!
Aquí está lo que he ganado.
(Sacando dinero.)
La primer vez en mi vida
que he jugado... ¡me parece!...
¡La ruleta es divertida!
¡Vaya! con aquel silencio;
se oye rodar la bolita!..
Lo que me dió mucha rabia
es que aquel de las patillas
¡me cogiera los dos duros
que yo al catorce ponia!

ALF. (¡Le han levantado once muertos!)

INOCENC. ¡Pero lo que me electriza
es este baile! ¡Qué alegre!
¡Qué máscaras tan bonitas!...
¿Verdad que me sienta bien
el dominó color lila?...

D. JUAN. ¡Le está á usted pintiparado!

ALF. El color, á maravilla...

INOCENC. ¿Por qué no se han disfrazado
ustedes?

ALF. Si ya no había
más que un vestido de oso?

D. JUAN. Al que lo alquile, lo silban.

ALF. Vaya una breva...
(Sacando la petaca, y ofreciéndoles un cigarro.)

D. JUAN. ¡Qué aroma!
INOCENC. Si no he fumado en mi vida...
ALF. ¡Vamos, hombre!
INOCENC. Pero...
D. JUAN. ¡Vamos!
¡No fumar es de maricas!...
Encienda usted... (Dándole un fósforo.)
INOCENC. (Encendiendo.) ¡Me emborracho!
D. JUAN. Es una breva esquisita.
ALF. ¿Me da usted lumbre? (Á Inocencio.)
INOCENC. Qué, vamos
á jugar á cuatro esquinas?
ALF. Hombre, no, para encender
este cigarro.
INOCENC. ¡Creía!
¡Si supiera don Severo
que yo fumaba!... ¡qué risa!
¡Pero, caramba! Señores,
¿qué dirá mi pobre prima
al ver que no voy? ¡Caramba!
¡Vámonos! (Queriendo salir por una lateral.)
D. JUAN. (Deteniéndole.) ¡Qué tontería!
ALF. ¡En lo mejor de la fiesta!
D. JUAN. Ahora que el baile principia.
INOCENC. ¡Pero ya es tarde!...
D. JUAN. ¡Y habiendo
tantas mujeres bonitas!
ALF. Nada, nada; nos quedamos,
y nos vamos en seguida
á tomar otras botellas
de Champagne que da alegría.
Y luégo á bailar, y luégo
¡á cenar!
INOCENC. Pero mi prima... (Transicion.)
¡El Champagne lo pago yo!
D. JUAN. Bueno; ¡pues la cena es mia!
ALF. ¡Soberbio! ¡Á beber¡ ¡Al baile!
D. JUAN. Al baile, ¡y viva la orgía!...
ALF. ¡Y el Champagne!
INOCENC. ¡Y la ruleta!
¡Y las mujeres bonitas! (Saliendo foro derecha.)

ESCENA II.

AURORA y DOÑA SALUD, lateral izquierda: la primera con dominó elegante: la segunda, con el conocido traje de estudiante de la Tuna: en el tricornio debe llevar una cuchara; un lazo amarillo grande en el brazo derecho. Ambas con antifaces.

AURORA. Aquí debe estar, no hay duda.
D.ª SAL. (Sofocada.) Aurora, ¡por San Fermin!
No corras de esa manera:
ya tengo el pulso febril,
la respiracion frecuente...
AURORA. Inocencio estará aquí,
me lo dice el corazon,
y ese no sabe mentir.
D.ª SAL. Sostengo que fué locura
el haber venido aquí,
¡dos chicas como nosotras
que trata todo Madrid!
¡Si álguien nos vé!... ¡Qué vergüenza!...
Vamos á dar que decir.
AURORA. ¿Y quién nos va á conocer
disfrazadas?
D.ª SAL. Eso sí.
Tú estás muy bien. Yo tambien.
Mi traje es de mucho *sic*.
Yo, que estudié medicina,
de qué me iba á vestir
sino de estudiante?
AURORA. ¡Claro!
D.ª SAL. Don Severo, el infeliz
debe andar por esos mundos
buscando á Inocencio...
AURORA. Sí.
¡Pobre señor! Por poquito
le mata usted. ¡Por un trís
no está de cuerpo presente!...
D.ª SAL. ¡El *lapsus* que cometí
no me recuerdes, Aurora!
Me equivoqué; pero en fin...

á muchos médicos pasa
lo que me ha pasado á mí.

AURORA. Gracias al contraveneno...

D.ª SAL. Y á lo pronto que acudí.
Á mí me gusta el peligro:
así me agrada asistir;
¡de pronto! Tengo tal ojo
para los enfermos, y ..
aplico las medicinas
con tal acierto, que...

AURORA. ¡Sí!
¡Qué manda usté á la Necrópolis
á la mitad de Madrid!
¿Dónde estará don Severo?

D.ª SAL. Hizo muy mal en salir!...
Pero, ¿quién le contrariaba?...
parecía un puerco-espin.
Y se marchó echando bombas.

AURORA. ¡Claro! Á buscar por ahí
al pobre Inocencio. ¡Pillos!

D.ª SAL. Lo que se puede sentir
es que enferme.

AURORA. ¡Pobre chico!

D.ª SAL. Mas ya que estamos aquí,
y atropellando por todo
te has empeñado en venir
á buscarle, vamos ya...
Mira el salon... (Alzando un portier.)

AURORA. ¡San Dionís!
¡Qué burdel!

D.ª SAL. Vamos, Aurora.

AURORA. ¿Y vamos á entrar ahí
las dos solas? ¡Qué vergüenza!

D.ª SAL. Yo tambien soy jóven y...
Miramos si está, y nos vamos.

AURORA. ¡No se aparte usted de mí!
Vamos allá. (Con timidez.)

D.ª SAL. Pues adentro.

(Van á entrar por la puerta del foro izquierda, y Aurora retrocede.)

AURORA. ¡Cuántos hombres!...

D.ª SAL. ¡Que haya mil!

¡Ya verás como ninguno
se atreve á acercarse á mí!!
(Salen ambas foro izquierda.)

ESCENA III.

DON SEVERO, por la puerta lateral derecha disfrazado de oso.

¿En dónde estará Inocencio?...
¿En dónde estará ese niño?...
¿Á dónde le habrán llevado
esos tunos, esos pillos!
¡No puedo más! ¡Yo me ahogo!...
Doce fondas he corrido....
veinte cafés, seis teatros
y diez y nueve garitos ..
¡y nada! ¡No doy con él!
¡Él tan corto, tan sencillo!...
Ahora debe estar borracho,
ó jugando... ¡Me horripilo!!
¡No puedo más! ¡Me sofoco
con este traje! ¡Dios mio!...
¡Cómo me duele el estómago!
Lo tengo malo, perdido...
¡La infame doña Salud
por poco me manda al nicho!...
¡Ojalá me hubiera muerto!...
¡Y no sé cómo estoy vivo!
¡Cielos! ¡Desde que salí
qué cosas me han sucedido!
El reloj me lo han quitado...
tomo un simon... ¡Santo Cristo!
el caballo estaba loco,
se desbocó, ¡y por poquito
me estrella contro una esquina!...
¡Si debo pegarme un tiro!
En Fornos, un camarero
echa del café un chiquillo,
y va á darle una puntera;
pues yo al salir la recibo
en aquella misma parte

que no la recibió el chico!!
¡Qué suerte, Señor! ¡Qué suerte!
¡Si debo pegarme un tiro!
Mas ántes quiero venganza...
¡quiero matar á ese pillo,
á ese don Juan! ¡Si le cojo!...
¡No hay barrera al furor mio!!
¡He dicho barrera!! ¡No!!!
¡Fuera el término taurino!
¡Lo mato!... Pero, Inocencio..
¿Dónde estarás, ángel mio?
Por aquí estará el salon...
Mas ántes yo necesito
descanso .. ¡No puedo más!
¡Ah mundo!... ¡mundo maldito!!
(Se sienta al lado derecho del puf.)

ESCENA IV.

D. SEVERO y D. JUAN entrando por el foro izquierda, y sentándose en el lado izquierdo del puf.

D. JUAN. ¡Ese Alfredo es el demonio!
De seguro lo emborracha...
¡Pobre muchacho! ¡Qué lila!...
¡Y al chico le gusta! ¡Vaya!
¡Buen chasco se llevó Aurora!
Nos despreció, ¡pues venganza!
¡Cómo rabiará al saberlo!...

D. SEV. (Que ha notado la presencia de D. Juan, le escucha un momento y se arroja sobre él.)
¡Viejo tunante! ¡Canalla!
¡Vas á morir á mis manos!
¿dónde está Inocencio? ¡Habla!

D. JUAN. ¿Pero quién es este oso?

D. SEV. ¡Quien te va á romper el alma!

D. JUAN. ¡Don Severo!! (Riendo á carcajadas.)

D. SEV. ¡Miserable!

D. JUAN. ¡Válgame Cristo, qué facha!

D. SEV. ¿Dónde está Inocencio? ¡Pronto!
que mi paciencia se acaba!

D. JUAN. Bailando con una turca...
digo, con dos...
D. SEV. ¡Vírgen Santa!
¡Bailando!!
D. JUAN. Sí; y ha bebido;
y ha visto mujeres guapas;
y ha bailado veinte veces;
y está vestido de máscara;
y sin la sombra de usted
contento como unas Pascuas!
Y ya no va al Seminario.
¡válgame Cristo! ¡Qué facha!!...
(Riendo de nuevo.)
D. SEV. ¿Qué dice usted?... ¡Yo me ahogo!
D. JUAN. Que ya no le da la gana
de cantar misa, clarito,
¡porque ya en la mano canta!
D. SEV. Que ya no va al Seminario?
¡Lo veremos! ¡No faltaba!...
Sí, señor, irá; y despues,
sin que la bula te valga,
¡te mataré, viejo verde!
¡Beberé tu sangre mala!!
D. JUAN. ¿Mi sangre?
D. SEV. (Con ira.) ¡Sí, seductor!...
¡Por aquello de la Habana!
D. JUAN. ¿Para qué se casó usted
teniendo esa suerte ingrata?
Yo con usted no me bato.
D. SEV. ¿Cómo que no!
D. JUAN. ¡Papanatas!
¿No sabe usted mi fortuna?
¡Qué le hagan á usted la caja!
D. SEV. Soy desgraciado; ¡muchísimo!
Pero eso no me acobarda.
¿Es usted de armas tomar? (Con ironía.)
D. JUAN. Hombre, si me las regalan...
D. SEV. ¿Se burla usté afortunado?
¿Se atreve usté á echarme en cara
su fortuna! ¡Si por eso
le tengo yo á usted más ganas!
D. JUAN. ¿Es envidia ó caridad?

D. SEV. (Con ira reconcentrada.)
No señor; es esperanza,
¡y fé que tengo en mis puños!
D. JUAN. ¡Pues yo le tengo á usted lástima!
D. SEV. ¡Pues mire usted, ahora mismo
le voy á romper el alma!
(Estallando en ira y arrojándose sobre D. Juan.)
D. JUAN. ¡Suélteme usted! (Forcejeando con él.)
D. SEV. ¡Soy un oso!
D. JUAN. ¡Que me estruja!
D. SEV. ¡No te escapas!
Ahora va usted á llevarme
donde Inocencio se halla,
y despues...
D. JUAN. Bueno; en seguida.
D. SEV. ¡Al punto!... te sigo... anda.
D. JUAN. Está en el salon.
D. SEV. ¡Pues ven!
D. JUAN. (Ya verás la que te aguarda
cuando en el baile te vean
disfrazado de esa facha!)
(Salen los dos foro izquierda.)

ESCENA V.

DOÑA SALUD sale precipitadamente por el foro derecha, seguida de INOCENCIO, que sale borracho, llevando en la mano una botella de Champagne, de la que bebe á intérvalos.

D.ª SAL. (¡Qué compromiso! ¿Qué haré?)
INOCENC. ¡Niña, no corra usted tanto!
¡Venga usté á bailar conmigo!
¡Venga usted! Tome usté el brazo.
Ahora tocan Polkca íntima:
¡verá usted como intimamos!
D.ª SAL. (¿Cómo le digo quién soy
hallándose tan borracho?)
INOCENC. ¿Quiere usted Champagne? ¡Qué rico!
¡qué espumoso! ¡Qué dorado!
Un poco, que está muy bueno...

¿No quieres?... ¡Pues vaya un trago!
(Bebiendo de la botella.)

D.ª Sal. (Fingiendo la voz, y queriendo detenerle para que no beba.)
¡Vamos, basta! que ese vino
está muy alcoholizado,
y le va á excitar á usted
todos los nervios cardiacos,
y á darle una congestion
en todos los grandes vasos ..

Inocenc. ¡Chica, chica! te pareces
á una vieja mamarracho
que ha estudiado para médico...
¿Figúrate tú! ¡Qué paso!
¡Una señora científica!
¡El progreso está chiflado!

D.ª Sal. ¿Yo mamarracho? ¿Yo vieja?
Pero, en fin, mientes no paro:
¿qué ha de decir?... ¡Está ébrio!
¡necesita el amoniaco!!

Inocenc ¡Que no estoy borracho, vaya!
¿Qué sí? Voy á demostrártelo.
¿Á que me sé de memoria
la letanía y los salmos
y el libro de los cantares
del rey Salomon? ¡Canario!
¡Si yo fuera Salomon!
¿Sabes que me estás gustando?

D.ª Sal. ¡Atrevido! (Fingiendo la voz.)

Inocenc. Y yo, ¿te gusto?
Mira; soy un buen muchacho:
tengo entera la vajilla ..

D.ª Sal. ¿Qué vajilla?

Inocenc. Pues es claro,
mujer, la de la conciencia;
si en mi vida he roto un plato.
¡Quítate ya la careta!

D.ª Sal. ¡Imposible! ¿Y el recato?
Soy doncella. . (¡Hay qué fingir!)

Inocenc. (¡Está sirviendo! ¡Me lanzo!)
¡Remonona! (Queriendo abrazarla.)

D.ª Sal. ¡Caballero!

(Huyendo de él por la escena.)

INOCENC. ¡Nada, nada! ¡que la abrazo!
(Persiguiéndola y abrazándola fuertemente.)

D.ª SAL. (¡Qué temperamento tiene
tan nervioso este muchacho!)

INOCENC. ¡La he abrazado! ¡Qué risa!
¡Soy un pillin! ¡Otro abrazo!

D.ª SAL. (¡Necesito el azahar! (Conteniéndole.)
¡este chico me ha excitado!)

INOCENC. ¡Viva ese talle gracioso!
(Cogiéndola el talle.)

D.ª SAL. ¡Jesús! ¡Quietitas las manos!
(¡Qué rubor! ¡El primer *bípedo*
es este, que me ha tocado
la *columna vertebral!*)

INOCENC. Muchacha, ¿te has enfadado?

D.ª SAL. (¡Válgame Dios, qué sanguíneo!
Si no le contengo, vamos;
como decimos en química
¡va á haber un *precipitado*!!)

INOCENC. ¡Vamos, no te enfades, tonta!
¡Viva tu gracia y tu garbo!

D.ª SAL. Apártate, que me arrugas..

INOCENC ¿Sabes que me estás cargando?
Vienes vestida de hombre
y tienes unos reparos! ..

D.ª SAL. (¡Ignorante! ¡Sí, de hombre!)
(Fingiendo la voz.)
¡Vengo con el traje clásico!
de estudiante, lo que he sido.

INOCENC. ¡Qué risa! ¿Tú has estudiado?...
¡Cuánto me alegro, chiquilla!
¿Quieres enseñarme algo?
Pero voy á examinarte.

D.ª SAL. ¿Qué vas á hacer? .. (Retirándose vivamente.)

INOCENC. Al contado.
¡*Crescite et multiplicamini*!
¿Sabes el significado?

D.ª SAL. No estoy fuerte en el latin.
(¡Qué demonio de muchacho!)

INOCENC. ¿Qué sabes? ¿Álgebra?

D.ª SAL. No.

INOCENC. ¿Ciencias? ¿Derecho romano?
D.ª SAL. Tampoco. (¡Qué pesadez!)
INOCENC. ¿Historia?
D.ª SAL. No sé.
INOCENC. ¡Canario!
Pues sabrás anatomía.
D.ª SAL. ¡Y muchísima!
INOCENC. ¡Canastos!
¿Á que no sabes los huesos
de que consta el cuerpo humano?
¡Qué has de saber!...
D.ª SAL. ¡Ignorante!
¿de mi ciencia estás dudando?
(Con énfasis.)
Etmóides, occipital,
el frontal abovedado;
parietales, temporales,
esfenóides que llamamos;
unguis, maxilar de arriba,
vómer, maxilar de abajo,
esto sin contar despues
el carpo y el meta-carpo.
¡Quítate allá, ignoranton!
¡me parece que sé algo!...
INOCENC. (¡Le estoy haciendo el amor
al propio doctor Velasco!)

ESCENA VI.

DICHOS, AURORA, por el foro izquierda, viniendo perseguida por ALFREDO que entra borracho.

ALF. ¡Vamos, no seas arisca,
que yo te quiero la mar!
AURORA. (¡Doña Salud!)
(Corriendo hácia doña Salud y ocultándose tras ella.)
ALF. ¡Remonona!
déjate querer...
D.ª SAL. ¡Atrás!
ALF. ¿Á tí, qué te importa, máscara?

(Separándola violentamente.)

INOCENC. Si la vuelve usté á tocar,
(Amenazando á Alfredo.)
¡le doy á usté un bofeton!

ALF. ¡Hola, chico! ¿Cómo estás?
(Se abrazan los dos.)

AURORA. (Al verle) (¡Inocencio!)

D.ª SAL (¡Nada digas,
que van á escandalizar!)

INOCENC. ¡Le estoy haciendo el amor
á una mujer hasta allá!

ALF. Pues yo vengo tras de aquella.

INOCENC ¡Qué pillos somos! ¿Verdad?
(Rien los dos y hablan bajo, mirando á ambas.)

D.ª SAL (Bajo á Aurora)
(Me estuvo haciendo el amor;
y el muy tunante además
hasta me ha dado una prueba
de su fuerza muscular.)
(Haciendo ademan de abrazar.)

AURORA. (¡Qué borracho está, Dios mio!)

INOCENC. (Bajo á Alfredo.) (Las llevamos á cenar.)

ALF (Al pelo! ¡Muy bien pensado!)

INOCENC. (Pues ea, ¡vamos allá!)
(Alfredo é Inocencio pasan respectivamente, el uno al lado de Aurora, y el otro al de doña Salud.)

ALF. ¡Divina!

AURORA. (Fingiendo la voz.) ¡Quita, insolente!
(Hablan bajo y ella rechaza las seducciones de Alfredo)

ALF. No te enfades, ven acá.

INOCENC. Conque dí, doctor Garrido,
¿cuándo me vas á curar?
Mira, soy un desahuciado
que se muere por tu sal!

D.ª SAL. ¡Aparta! (¿Lo ves, Aurora?)
(Rápido á doña Salud.)

AURORA. Finja usted amarle ya;
á ver si de esa manera
nos le podemos llevar.)

ALF. (Á Aurora.) Pero dí, ¿no me haces caso,
mascarita celestial?

¡Vamos; no seas ingrata!
Sé un poco bilateral,
y haciendo los dos un pacto
nos iremos á cenar. (Hablan bajo.)

D.ª SAL. (Con coquetería.) ¿Eres tú tambien pactista?

INOCENC. Lo que soy es liberal.
¿Y tú, qué eres?

D.ª SAL. ¡Moderada!
No me pronuncié jamás.

INOCENC. Pues si quieres pronunciarte...

D.ª SAL. ¡Jesús! ¿Te quieres callar?... (Hablan bajo.)

ALF. (Á Aurora.) Anda, ven; toma mi brazo
y vamos al restaurant.

AURORA. ¡Quita, aparta! (¡Qué vergüenza!)
(Hablan bajo.)

INOCENC. (Á doña Salud.)
Anda, ¡pronúnciate ya!...

D.ª SAL. ¡Calla! No lances proclamas
que el pecho me incendiarán.
Deja que mi corazon,
quinto en el arte de amar,
¡no abandone los cuarteles
de mi pecho virginal!
¡No me le arengues, tunante!
¡Déjale que cumpla en paz!
¿No ves que si se pronuncia
me lo van á fusilar? (Hablan bajo.)

ALF. ¡Mira qué grupo tan tierno! (Á Aurora.)
Mujer, ¡hagamos *pendant*!

AURORA. (¡Jesús, qué mosca!)

D.ª SAL. (Con afectado rubor al ver que Inocencio ha caido á sus piés.)
¡Levanta!

INOCENC. ¡Pues dame el sí!

AURORA. (Por Inocencio.) (¡Cómo está!)

ALF. (Á Aurora.) ¡Hermosa! Por tí me muero!

AURORA. ¡Hombre, déjeme usté en paz!

D.ª SAL. (Á Inocencio.) ¡Alza!

INOCENC. ¡Pues dame la mano!

D.ª SAL. ¡Toma! ¡pero álzate ya!
(Inocencio levantándose le da un beso muy fuerte en la mano.)

(¡Jesús! ¡Un anti-espasmódico
voy á tener que tomar!!)

ALF. (Á Aurora.) Dame la mano tambien.

AURORA. (Huyendo de él.) ¡No!

ALF. (Persiguiéndola.) ¡Me la tienes que dar!

AURORA. ¡Quita! ¡Atrevido ¡Insolente!
(Le da un bofeton.)

INOCENC. (Á doña Salud.)
Anda; vamos á bailar,
y verás en la habanera
qué bien que llevo el compás.

D.ª SAL. ¡Seductor!
(En este momento se escucha una habanera, que se supone tocada dentro por la orquesta del baile. Procúrese que la música deje oir el diálogo, aunque debe percibirse lo suficiente para poder bailar.)

INOCENC. ¿Lo ves? Ya empiezan
en el salon á tocar.
¡Anda, tonta!
(Cogiendo á doña Salud, que se resiste, y bailando con ella.)

D.ª SAL. (¡Me sofoca!) (Siguen bailando.)

ALF. (¡Qué manera de accionar!)
(Con la mano en la cara.)

AURORA. (¡Qué papel estoy haciendo!)

D.ª SAL. (¡Necesito el azahar!)
(Bailando. Bailan breves instantes doña Salud é Inocencio, y de improviso es interrumpida la orquesta por grandes voces, entre las que se oyen las palabras «¡Fuera! ¡Que baile!» y aparece D. Severo, como fugitivo, con el traje descompuesto, seguido de D. Juan, que viene riendo á carcajadas.)

ESCENA VII.

DICHOS, D. JUAN y D. SEVERO, foro derecha.

D. SEV. ¡Tunantes! ¡Pillos! ¡Canallas!...

AURORA. (¡Don Severo!...)

ALF. ¿Qué pasó?

D. JUAN. ¡Que le han silbado en el baile, (Riéndose.)
por su desgracia, al señor!...

D. SEV. ¡Tunante! ¡Tú fuiste el que
la silba me preparó!
¡Vas á morir ahora mismo!
(Precipitándose sobre D. Juan. Alfredo los separa, é Inocencio, en el mayor estado de embriaguez, le da un bofeton.)

INOCENC. ¡Yo le doy un bofeton!

D. SEV. ¿Quién?... ¡Inocencio! ¡Dios mio!
Ven, ¡huyamos!

INOCENC. ¡No señor!
¿Usted quién es?

D. SEV. ¡Y borracho!!

INOCENC. Yo me voy con esas dos.

ALF. (Cogiendo á Aurora.)
Oye, chico, que esta es mia!

D. SEV. ¡Y con mujeres! ¡Horror!
¡Al Seminario, hijo mio!
¡Al Seminario!

INOCENC. ¿Quién? ¿Yo?
¡Que te calles! ¡En seguida!
¡Yo soy un calaveron!

ALF. ¡Hombre, no hagas más el oso!
¡Deja al chico!

D. SEV. ¡Nunca! ¡No!
¡Conmigo! ¡Deja á estos pillos!

D. SAL. (¡Va á darle una congestion!)

D. SEV. ¡Vamos á casa en seguida!

INOCENC. ¡No me dá la gana! ¡No!
¡Viejo chiflado!
(Arrojándose sobre él y pegándole. Momento de confusion en que todos rodean á D. Severo y pugnan por separarle de Inocencio.)

D. SEV. ¡Dios mio!

D.ª SAL. (¡Vá á hacerle una contusion!)

D. JUAN. ¡Le pone verde! (Riendo)

D. SEV. (Huyendo.) ¡Socorro!

AURORA. ¡Inocencio! ¡Por mi amor!
(Á Inocencio, descubriéndose.)

INOCENC. ¡Aurora!!

D. SEV. ¡Tú!

D. JUAN. ¡Niña!
ALF. ¡Ella!
D. SEV. ¡Una doncella, ¡qué horror!
venir á este baile sola!
D.ª SAL. ¡Yo la serví de Mentor! (Descubriéndose.)
D. SEV. ¡La médica del veneno,
Pero tú, sin aprension.
¿venir á este sitio?
AURORA. (Con cortedad.) Sí;
hice muy mal, pero...
D.ª SAL. Yo,
si á tí te causa vergüenza,
haré la definicion.
Hemos venido, porque...
D. JUAN. (A D. Severo.) Á buscar á ese simplon
que quiere para marido.
D. SEV. No se casa, ¡no señor!
Soy su tutor y me opongo,
¡Irá al Seminario!
INOCENC. ¡Yo!
D. SEV. ¡Deja este mundo, hijo mio!
¡No busques tu perdicion! (Mirándole.)
¡Yo te eduqué! ¡Yo te quiero
con todo mi corazon!
Ya verás; cantarás misa,
serás padre...
INOCENC. ¡Sí señor!
Yo me voy con ella, ¡vaya!
D. SEV. ¡Ven al Seminario!
INOCENC. ¡No!
D. SEV. Vente, ¡que el mundo es muy malo,
y el matrimonio peor!
D.ª SAL. ¡El matrimonio es higiénico!...
ALF. ¡No interrumpa usted, doctor!
D. SEV. ¡Ven conmigo!
AURORA. ¡No te vayas!
(¡He de vencer!) ¿Esas son
las promesas de amor fiel
que tu labio me juró?
D. SEV. ¡Que te engaña!
INOCENC. ¡No me engaña!
¡Monina! ¿verdad que no?

¿Me quieres mucho? (Arrodillándose.)

D. SEV. ¡Inocencio!

AURORA. ¡He vencido!

D SEV. ¡San Ramon!
¡Me deja solo! ¡Se casa!...
¡Maldigo mi suerte atroz!
¡Me pongo muy malo!
(Desmayándose en brazos de Aurora.)

AURORA. ¡Calma!

D.ª SAL. ¿Á ver, á ver? ¡Aquí estoy!

D. SEV. ¡Nunca!... ¡Primero el albeitar!!

D.ª SAL. ¡Ignorante!... ¡Ignoranton!

D. SEV. Á coser... ¡á hacer calceta!

D.ª SAL. ¡Calla, bípedo feroz!...
que te saco con las uñas,
armas de mi indignacion,
los iris, los nervios ópticos,
las córneas, ¡ambas á dos!

D. SEV. ¡No puedo más! !Vírgen Santa!
¡Mátenme ustedes los dos!

D. JUAN. ¡Nos hemos lucido!

ALF. (Decidido.) ¡Al baile!

D. JUAN. Muchacho, tienes razon.
¿No me casé? ¡Gracias, suerte!
¡Esa es mi dicha mayor!

INOCENC. ¡Vámonos á casa!

D. SEV. ¡Al punto!
(Queriendo llevársele por la lateral izquierda.)

AURORA. ¡No tan de prisa por Dios! (Señalando al público.)

D. SEV. ¡Es verdad!—El autor quiere...
(Dirigiéndose al público, y los demás interrumpiéndole.)

D. SAL. ¡Qué silban sin remision!

AURORA. ¡Cállese usted, desgraciado!
Déjeme usted que hable yo.
Señores; me caso pronto... (Al público.)
Primera amonestacion:
Un aplauso de regalo
á los novios... ¡y al autor! (Telon rápido.)

FIN DEL JUGUETE.

ZARZUELAS.

TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Propiedad que corresponde
erno seco	1	Sres Navarro, Gamayo y Nieto	M. y 1/2 L.
moens	1	D. Márcos Zapata	L.
talanes de Gracia	1	L. P. de Guzman	L.
estilo es el hombre	1	Manuel Nieto	M.
lavadero de la Florida	1	Sres. Ossorio y Guillen	L.
ruiseñor	1	Bolumar, Melendez y Reig	L. y M.
ego y estopa	1	Banquells y Reig	L. y M.
s bonitos	1	D. M. F. Caballero	M.
s pretendientes de Cármen	1	Manuel Cuartero	L. y M.
santuario del valle	2	Márcos Zapata	L.
anillo de hierro	3	Márcos Zapata	L.
abadía del Rosario	3	Márcos Zapata	L.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En las librerías de los *Sres. Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo, núm. 2; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, núm. 7; de *D. Manuel Rosado*, Puerta del Sol, núm. 9; de los *Sres. Córdoba y Compañía*, Puerta del Sol, núm. 14; de los *Sres. Simon* y *Osler*, calle de las Infantas, núm. 18; de los *Sres. Gaspar*, editores, calle del Príncipe, núm. 4, *D. Eduardo Martinez*, calle del Príncipe, núm. 25, y *Saturnino Calleja*, Paz, 7.

PROVINCIAS Y ULTRAMAR.

En casa de los Corresponsales de esta Galería.

PORTUGAL.

Agencia de *D. Miguel Mora*, Rua do Arsenal, número 94.—Lisboa.

FRANCIA.

Librería de *Mr. E. Denné*.—15, Rue Monsigny, Paris.

ALEMANIA.

Mr. Wilhelm Friedrich, editeur, Leipzig.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á los EDITORES, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.